



## IX

### Cómo me preparo para los exámenes

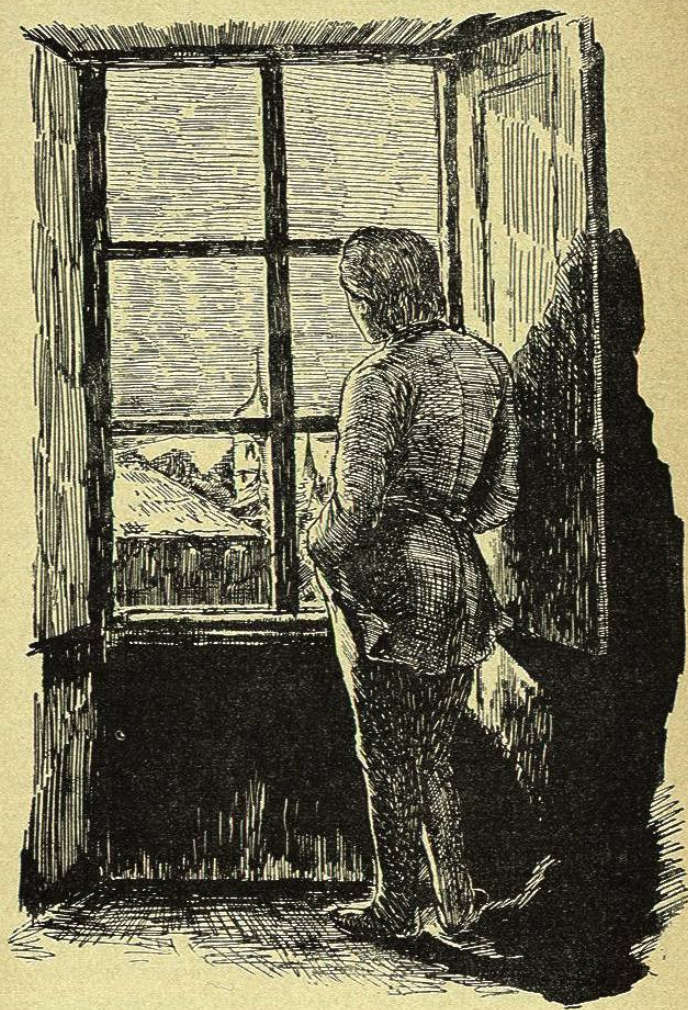
EL jueves de la Semana Santa marcharon al campo papá, mi hermana, Mimi y Katenka, de modo que en la vastísima casa de nuestra abuela no quedamos más que Volodia, yo y Saint-Jerôme. El estado de espíritu en que me encontraba el día de la confesión y de mi visita al convento, se había ya disipado del todo, y no me dejó más que un vago recuerdo, muy agradable, pero debilitándose cada vez más bajo las novísimas impresiones de mi vida libre.

El cuaderno con el encabezamiento: «Reglas de vida» estaba ya perdido entre mis cuadernos de estudio, aunque la idea de la posibilidad de dictarme reglas para todas las circunstancias de la existencia y de no guiarme sino por ellas, me gustaba mucho aun y me atraía; me parecía á la vez una hermosa y sencilla idea, y en más de un momento tuve nuevas intenciones de ponerla en práctica; pero, olvidándome de que era preciso hacerlo enseguida, lo dejaba todas las veces para más adelante. De todas suertes, una circunstancia me consolaba y es que todas y cada una de las ideas que se me ocurrían entonces encajaba perfectamente en alguna de las divisiones que había hecho de mis deberes; ó pertenecía á la serie de mis deberes conmigo mismo, ó á la de mis deberes con el prójimo,

ó era alguno de mis deberes con Dios. «Bueno, esto lo pondré en tal ó cual de las divisiones, y aún muchas más ideas que se me irán ocurriendo sobre el tema»—decíame. Hoy me sucede que me pregunto muchas veces: «En qué momento de mi vida estaba yo más cerca del bien y era más razonable: cuando creía en la omnipotencia del espíritu humano, ó ahora, en que, perdida toda la energía de aquel desdoblamiento, dudo de esta fuerza y aún de la importancia que tenga en la vida el humano espíritu?»—Y nunca todavía he podido dar á esta pregunta una respuesta definitiva.

La conciencia de mi libertad y aquella fuerte impresión que la entrada de la primavera me causó, cómo de la espera de algo que yo no sabía lo que fuese, se apoderaron de mí hasta el punto de que no era ya dueño de mí mismo, y así fui preparándome muy mal para los exámenes. Me sucedió varias veces que, hallándome en la sala de estudios trabajando para preparar mi examen de tal ó cual materia y sabiendo que me era necesario estudiar, pues debía presentarme al día siguiente, y apenas si sabía de todo aquello dos palabras, cuando de pronto entrábase por la ventana un fuerte aliento de primavera... y me parecía que algo había de recordar, no sabía qué... mis manos caían por sí mismas—nunca se ha dicho con tanta propiedad—sobre el libro y lo cerraban, mis piernas empezaban á moverse y ya me tenéis paseándome por todo lo largo del cuarto, mientras hubiérase dicho que, en mi cabeza, alguien tocaba un resorte y ponía toda la máquina en movimiento, y mis ideas ligeras y alegres empezaban una rápida carrera, tan rápida que apenas si distinguía de ellas otra cosa que sus colores claros, brillantes... Y así se pasaban, sin que yo lo sintiese, una ó dos horas. Otras veces, me estaba sentado y profundamente abstraído en el estudio de alguna lección difícil; de pronto oigo en el corredor pasos de mujer ó el simple roce de unas faldas, y todo lo que estaba aprendiendo huye de mi cabeza; ya no puedo estar me quieto, y aún sabiendo que tan sólo la vieja Gacha podía pasar en aquellos momentos por el corredor, pienso fuera casi de mí mismo: «Ah! y si fuese *ella!*... Pudiera muy bien ser el comienzo de mi amor, y lo dejaría escapar?» Corro al pasillo... y me convengo de que es realmente Gacha la que anda por él. Otras veces, por la noche, solo en mi cuarto me estoy leyendo á la luz de una bujía, y por cualquier cosa, para despabilar la candela ó para acomodarme mejor en la silla, aparto un momento los ojos del libro, y veo que en todas partes, en la puerta, en los rincones de la estancia, en el techo, reina la oscuridad y noto que toda la casa está sumida en el silencio. Entonces, me es imposible seguir estudian-

do, seguir indiferente á este silencio, y me pongo á observar la oscuridad de la puerta de par en par abierta sobre la estancia vecina á oscuras por completo, y permanezco inmóvil largos ratos, ó bien me voy abajo y atravieso en silencio los solitarios y oscuros



salones... Muchas veces también, por la noche, sentado en un rincón lleno de sombra, me estoy sin que ella me vea largo rato escuchando á la vieja Gacha, que, á la luz de una bujía se está sola

en el gran salón tocando en el piano, con solamente dos dedos, alguna delicadísima melodía. Y en noches de luna clara me es absolutamente imposible no levantarme de la cama... me visto de cualquier modo y me paso horas y horas ante la ventana que da al jardín, contemplando con beatitud indecible los techos de las casas vecinas iluminados por la plateada luz, así como el elegantísimo campanario de nuestra parroquia que surge allá lejos y se levanta al espacio... Tan largas horas me pasé á veces en este estado que al día siguiente no podía despertarme antes de las diez de la mañana.

De manera que, sin los profesores que venían aun á casa, y Saint-Jerôme que, sin querer y muy suavemente, hería alguna que otra vez mi amor propio, y sobre todo sin el deseo de parecer un buen muchacho á los ojos de Nekhludov, para quien esto de hacer unos brillantes exámenes era cosa muy importante, sin nada de todo esto, digo que la primavera y la libertad en que vivía hubieranme hecho olvidar lo poco que sabía, acabando por serme del todo imposible presentarme á exámenes.



## X

### El examen de Historia

EL día 16 de abril, bajo la guarda de Saint-Jerôme, entraba yo por la primera vez en mi vida en la gran sala de la Universidad. Fuimos allá en nuestro coche más elegante y nuevo, y yo iba vestido, por la primera vez, de gran uniforme y eran nuevas, flamantes enteramente todas las prendas que llevaba puestas, desde la cabeza á los pies. Cuando, en el vestíbulo, el criado me quitó el abrigo y aparecí ante sus ojos en toda la esplendidez de mi traje nuevo, hasta me dió un poquito de vergüenza verme á mí mismo tan hermoso. No obstante, apenas entrado en la gran sala, llena de luz y de gente, ví centenares de jóvenes con uniforme de colegial ó con traje negro, algunos de los cuales me miraron con la más completa indiferencia, y en la otra parte del salón los profesores, de aspecto imponente, sentados ó paseándose á lo largo de las mesas; en aquel punto perdí ya toda esperanza de atraer sobre mí la general atención, y mi fisonomía, que en casa y hasta en el vestíbulo, esforzábese por aparentar un aspecto noble é imponente, tomó de pronto una expresión de gran timidez y hasta de una especie de interno malestar. Casi inmediatamente, sin embargo, caí en el extremo opuesto, y hallé placer en observar cuanto veía entorno mío. En uno de los bancos más próximos ví sentado á un señor muy mal vestido y aún no muy limpio, no viejo

todavía, pero con el pelo casi todo gris; estaba sólo y muy apartado de los demás. Sentéme á su lado y me puse á examinar uno por uno todos los que se presentaban á exámenes, y á hacer sobre ellos mis reflexiones. Había allí gran número de personas y de muy distintas clases y aspectos; pero todas, según mis ideas de entonces, podían fácilmente dividirse en tres categorías; unos habían venido como yo con sus preceptores ó con sus padres, para asistir á los exámenes; entre éstos estaba el pequeño de los Ivine acompañado por su gentil preceptor, é Ilinka Grapp con su anciano padre; á todos esos les apuntaba ya el bozo sobre el labio superior, y se estaban todos muy quietamente sentados, sin hablar y sin abrir una sola



vez los libros y los cuadernos que habían llevado consigo; no hacían mas que mirar á los profesores y á las mesas de examen con evidente temor y una especialísima timidez. Los examinandos de la segunda categoría eran jóvenes que llevaban uniforme de colegial y bastantes de ellos iban ya afeitados; la mayoría conocíanse entre sí, hablaban en voz alta y nombraban á los profesores con sus nombres propios, se comunicaban unos á otros las respuestas que pensaban hacer, se pasaban de uno á otro los cuadernos y los libros, saltaban por encima de los bancos para ir de un lado á otro, traíanse de fuera pasteles y otras golosinas que se comían allí mismo, bajando un poco la cabeza para disimular. Finalmente, los de la tercera categoría eran poco numerosos, y ya de bastante edad, iban todos de negro, y estaban muy serios, sentados cada uno aisladamente y ofreciendo un aspecto por demás sombrío. El que en el momento de entrar fué para mí un gran consuelo, pues iba con toda evidencia peor vestido que yo, pertenecía á esta última categoría. Apoyada la cabeza entre las manos, á través de cuyos dedos se escapaban algunos mechones de sus cabellos ya algo encanecidos, estaba leyendo en un libro; un solo momento levantó los brillantes ojos y me dirigió una mirada en que no se leía por cierto la benevolencia, frunció las cejas y avanzó un poco el brazo hacia mi lado, sin duda para que no me acercase más. Los colegiales, por el contrario, eran excesivamente familiares y me daban hasta un poquito de miedo. Uno de ellos, poniéndome un libro en la mano, me ordenó: «Dádselo á aquel!» Otro, poniendo-

seme delante, me dijo: «Dejadme pasar, querido!» cuando había pasado ya. Un tercero, para saltar el banco, se apoyó en mí como en un poste y no me dijo nada siquiera. Todo esto me chocaba extraordinariamente y me disgustaba. Yo me creía bastante superior á todos esos pobres colegiales, y no pensé que pudiesen permitirse conmigo tales familiaridades. Finalmente, empezaron á ser llamados algunos nombres... Los colegiales, generalmente, se presentaban atrevidos y tranquilos ante el tribunal, contestaban muy bien y se volvían alegres á su puesto.

La categoría á que yo pertenecía presentábase con mucha más timidez y, según me pareció, contestaba generalmente bastante mal. Entre los viejos, los de la tercera clase, algunos contestaban pasablemente, otros muy mal. Cuando fué llamado Semenov, mi vecino, el de los cabellos grises y los ojos brillantes, me empujó groseramente, me pasó por encima de las piernas y se aproximó á la mesa de examen. Por la actitud que los profesores guardaban, comprendíase que contestaba muy bien y con todo aplomo. Ya en su sitio, sin preocuparse siquiera por la nota que hubiese obtenido, recogió sosegadamente sus cuadernos y salió. Muchas veces ya me había dado un vuelco el corazón al oír la voz del que iba diciendo los nombres de los que habían de presentarse á examen, pero no había llegado todavía mi vez, pues se seguía un orden rigurosamente alfabético.—«Ikonin é Irteniev!» gritó alguien súbitamente desde las mesas de los profesores. Un temblor recorrió todo mi cuerpo, hasta la punta de los cabellos.

—A quién han llamado?—Quién es este Barteniev?

—Anda, Ikonin, que te han llamado.—Pero, quién es Barteniev ó Marteniev... ó no sé qué?—iban diciendo algunos muchachos entorno mío.

—A fe mía que no sé quien pueda ser ese Birteniev,—dijo un colegial alto y muy rojo que estaba sentado detrás de mí.

—A vos os han llamado!—me dijo Saint-Jérôme.

—Mi nombre es Irteniev,—dije al colegial de cabellos rojos.—Es este el nombre que han dicho?

—Sí que lo es... Y por qué no vais? Vaya un simplín!—añadió en voz baja, pero de modo que yo le pudiese oír al salir del banco. Delante marchaba Ikonin, un mocetón alto, de veinticinco años, perteneciendo á la tercera categoría, la de los viejos. Llevaba un fraque de color de oliva, una corbata de satén azul, sobre la cual le caían, por la parte del cogote, unos largos cabellos cuidadosamente peinados á lo mujik. Me había ya fijado en él mientras estaba todavía en los bancos; no tenía mala apariencia y era muy

hablador; me había chocado mucho en él ver que se dejaba crecer unos largos pelos rojos debajo de la barba, y más todavía la extravagante costumbre que tenía de desabrocharse á cada momento el chaleco y rascarse el pecho por debajo de la camisa.

Tres profesores estaban sentados tras la mesa á la cual me acercaba yo en compañía de Ikonin. Ni uno sólo contestó á nuestro saludo. El más joven de ellos se entretenía en barajar las papeletas como si fuesen un juego de naipes; otro de ellos, que llevaba una gran medalla en el pecho, se estaba escuchando con atención lo que un colegial recitaba sobre Carlomagno, diciendo á cada tres palabras «en fin»; el tercero de los profesores, uno de viejo con anti-



parras, con la cabeza baja nos miraba por encima de las gafas y nos indicaba con el gesto que tomásemos una papeleta. Yo sentí su mirada pesar igualmente sobre Ikonin y sobre mí y aún me pareció que en nosotros algo le disgustaba, quizás los pelos rojos de Ikonin, pues mirándonos á los dos nuevamente, hizo un gesto de impaciencia cómo para indicarnos que nos diésemos prisa en tomar las papeletas. Sentí entonces dentro de mí un gran despecho, y sentí también mi amor propio herido, primero porque nadie había contestado á nuestro saludo, luego porque se me englobaba con Ikonin en la categoría de los *aspirantes*, y finalmente porque se me miraba ya con marcada prevención por culpa de los pelos rojos de Ikonin. Tomé yo mi papeleta sin temor ninguno, y me disponía ya á contestar cuando el profesor indicó con la mirada que Ikonin era quien había de hablar. Mientras tanto leí mi papeleta, hallando que sabía perfectamente la lección de que se trataba; esperé, pues, con paciencia que me llegase el turno y observé lo que entorno mío iba pasando. Tampoco mostraba indicios de hallarse cohibido Ikonin, antes al contrario, se adelantó con decisión y tomó la papeleta, irguió la cabeza y leyó en voz bastante alta su contenido. Abría ya la boca para contestar cuando el profesor condecorado, que había despedido con muy buenas palabras al colegial, se volvió y se le quedó mirando; Ikonin, cómo si en aquel punto se acordara de algo, se detuvo en seco, y se produjo un silencio general que duró quizás dos minutos.

—Bien, y qué?—hizo el profesor de las antiparras.

Ikonin abrió de nuevo la boca y otra vez se paró.

—Reparad que no estáis solo. Queréis contestar, sí ó no?— dijo el profesor más joven.

Pero Ikonin ni le miró siquiera, se había quedado contemplando la papeleta que tenía en la mano y sin decir una palabra. El profesor de las antiparras se le quedó mirando á través de ellas, por encima de las antiparras y sin las antiparras, pues para todas estas maniobras le dió tiempo Ikonin con su mutismo y aún para volvérselas á poner sobre la nariz. Ikonin seguía sin decir una palabra; de pronto una sonrisa iluminó su semblante, de nuevo sacudió con fuerza la cabeza, avanzó hacia la mesa, depositó en ella la papeleta, miró de frente á todos los profesores, después me miró á mí, y con paso firme, agitando la mano, se volvió tranquilamente á su banco. Los profesores se miraron el uno al otro.

—Es decidido el palomino!—dijo el profesor joven.—Es un alumno libre!

Me acerqué á la mesa, pero los profesores continuaban á media voz hablando entre sí, como si ninguno de ellos se diese cuenta siquiera de que yo estaba allí. Yo estaba firmemente convencido de que los tres profesores habían de sentirse en aquel punto hondamente preocupados por saber si lograría yo hacer mis exámenes y si los haría ó no con brillantez, fingiendo indiferencia solamente por la pura forma.

Cuando el profesor de las antiparras se me dirigió con la más absoluta indiferencia, invitándome á contestar á la pregunta, le miré decididamente y me dió á mí mismo vergüenza por su propia hipocresía. Al principio hablé con alguna confusión, pero enseguida se me hizo la cosa más fácil, y cómo se trataba de una pregunta de historia rusa, que yo sabía muy bien, terminé con verdadera brillantez, de tal modo que, para demostrar á los profesores que yo no era Ikonin y que no se me podía confundir con él, propuse sacar otra papeleta. Pero el profesor, moviendo la cabeza, dijo: «Está bien» é hizo una señal en el registro de exámenes. Al volver á mi sitio, me dijeron los muchachos que me rodeaban que me habían puesto *cinco*, aunque yo no sé cómo diablos pudieron ellos enterarse de este detalle.

## XI

### El examen de matemáticas

Los siguientes días, aparte Grapp, á quien yo no consideraba digno de mí, é Ivine que, ignoro el motivo, me demostraba cierta frialdad, trabé conocimiento con muchos otros alumnos.

Algunos me saludaban ya afectuosamente, el propio Ikonin se mostró muy contento al verme y me contó que de nuevo sufriría el examen de Historia, pues el profesor se hallaba en contra suya á causa del examen del año anterior, en el cual le había también *desconcertado*. Semenov, que entraba como yo en la facultad de Ciencias, se mantuvo siempre separado de todos, hasta el fin de los exámenes. Estaba constantemente silencioso, siempre solo, apoyada la cabeza entre las manos y los dedos hundidos entre sus cabellos grises. Hizo unos exámenes brillantes y fué admitido con el número dos. El número *uno* era un alumno del Instituto. Era un moreno, alto y delgado, muy pálido y llevaba con un vendaje negro cubiertas las mejillas y muchos y grandes granos en la frente. Sus manos eran en extremo huesosas, con unos dedos extraordinariamente largos y unas uñas roídas de un modo lastimoso... Todo esto me parecía muy puesto en su punto y tal cómo debía ser tratándose del *primer colegial*. Con todos hablaba de la misma manera, y aún habló un rato conmigo, pareciéndome que en su modo de andar, en el movimiento de sus labios y en sus ojos negrísimos había algo extraordinario, algo magnético.